

II CONGRESO INTERNACIONAL “HISTORIA A DEBATE”

14 al 18 de julio, 1999
Santiago de Compostela

GRANDES CUESTIONES PARA UNA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

Montserrat HUGUET

Universidad Carlos III. Madrid

Juan Carlos Gibaja

Universidad de Alcalá de Henares

La naturaleza del siglo XX al final del milenio.

Un breve repaso al siglo que ahora acaba, nos permite comprobar los profundos cambios sucedidos a lo largo de estos cien años. Estos cambios han afectado tanto al marco geoestratégico como a los aspectos políticos, sociales, técnicos y culturales anteriormente establecidos. Así, por lo que a la organización del sistema político internacional se refiere, un mundo que comenzó el siglo con un marcado sesgo eurocéntrico ha visto como dicha preponderancia se diluía primero para desaparecer poco después.

Por lo que a la vertebración del planeta se refiere, las últimas décadas han asistido al imparable avance del proceso de globalización que parece haber convertido al mundo en una única unidad operativa. Desde el punto de vista sociológico, el siglo XX también ha visto como se mitigaban las antiguas

pautas sociales, se atenuaban los lazos generacionales en el seno de las familias y se incrementaban las formas del individualismo.

Estas transformaciones, ocurridas en el marco de un vertiginoso desarrollo tecnológico, han afectado también al terreno de la estrategia y la práctica militar y son, a juicio de las numerosas tesis historiográficas de corte catastrofista -véase la lectura de este tiempo histórico en la obra Hobsbawm¹- las causantes de que el siglo XX haya sido el más violento y mortífero de la Historia, contándose por decenas de millones el número de personas que han perecido víctimas de la violencia a lo largo del siglo. Es sintomático que uno de los textos más recientes e importante en nuestro país acerca del tiempo histórico de la Guerra Fría, *La Paz simulada*² narración del periodo 1941-1991, contemple la historia de la segunda mitad de nuestro siglo como la de una guerra total que bien pudo haber sido, y de la que hoy por hoy no tenemos la seguridad de que no haya sido realmente, ya que la multitud de guerras locales desencadenadas en este tiempo han provocado un reguero de víctimas y destrozos materiales y morales de cuya magnitud la Historia está comenzando hoy a ser consciente.

Paradójicamente, el proceso de globalización antes citado está siendo extrañamente compatible, en esta década de los noventa que finaliza, con la ausencia de un sistema político internacional organizado. Sin embargo, y a pesar del desconcierto existente en el orden internacional, es posible percibir como, a diferencia de lo que ocurría con anterioridad, en tiempos del sistema bipolar, una sola entidad, los Estados Unidos, prevalece como la única que

¹P Bajo el título de *Barbarie: guía del usuario*, Eric HOBBSAWM pronunció una conferencia, primeramente publicada en *New Left Review*, nº 206, 1994, pp.44-45, y traducida al español en el libro *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp.253-265, cuya idea central es la de que la barbarie ha ido en aumento durante la mayor parte del siglo XX, sin que ninguna señal indique que este incremento se haya detenido o esté pronto a hacerlo. Esta es una de las tesis fundamentales de la *Historia del siglo XX*, de este mismo autor. Jacques LE GOFF también parece compartir esta idea, expresada en los diversos medios de opinión, del siglo XX como siglo terrible o siglo de guerras. El estudio de Y. TERNON (1995): *El Estado criminal. Los genocidios del siglo XX*. Barcelona, Ed.Península, afirma sin cortapisas que el XX es el siglo de los genocidios.

tiene verdadero carácter de nación hegemónica, rodeada no obstante de grandes potencias - Alemania, Francia, Gran Bretaña o Japón- cuya fuerza nace de su capacidad para vertebrar, casi siempre económicamente, las grandes áreas regionales.

Al mismo tiempo, los tradicionales indicadores que utilizábamos para medir el poder de las sociedades y los estados, esto es la disponibilidad demográfica, la extensión de su territorio o la abundancia de recursos naturales, han quedado obsoletos ante la creciente presencia de fuerzas, entidades y agentes transnacionales que, casi siempre, han provocado que la virtualidad de las fronteras como elemento delimitador de distintas realidades haya entrado en crisis. Con ello, el estado-nación, el modelo de organización política dominante en buena parte del planeta durante los últimos siglos, también parece haberse quebrado, dejando al mundo ante la tesitura de tener que reactualizar el modelo organizativo inventado en el inicio de la modernidad. Las guerras de nuestro siglo han sido además el origen de la configuración de los espacios y de las fronteras actuales, sin que haya habido un margen de paz para que las naciones hayan organizado su vida política y social de forma natural.

Paralelamente, el final de la Guerra Fría, con la disolución de uno de los dos antagonistas, la Unión Soviética, ha coincidido con un incremento del número y de la virulencia de los conflictos. Se trata de guerras, sin otra denominación posible, a las que los analistas califican de conflictos regionales más o menos manifiestos y de intensidad y duración variada³. La gestación y desarrollo de todos ellos no parece obedecer a las pautas con que se desarrollaron en anteriores décadas: la descolonización o las revoluciones sociales no nos sirven de marco explicativo. Así, nos encontramos, por un lado, con conflictos rápidos y *limpios*, en los que se implican los estados más poderosos, que pretenden supuestamente minimizar los ahora denominados

P²P Francisco VEIGA, E.U. da CAL, A. DUARTE (1997): *La paz simulada. Historia de la guerra fría (1941-1991)*. Madrid, Alianza Editorial.

P³P Véase Julio ARÓSTEGUI (1997): "La guerra (el mal de las armas de nuestra época)", en Salamanca, *Revista de Estudios*, nº 40, pp. 13-27, trabajo en el que se identifican con precisión las cuestiones de la violencia, los conflictos y las guerras.

*daños colaterales*⁴. De este modo, administrando prudentemente las dosis de violencia en el entorno más próximo a las sociedades occidentales, éstas pueden admitir con mayor facilidad las consecuencias de una política intervencionista. Por otro lado, se producen conflictos endémicos, que experimentan pulsiones intermitentes y brutalmente sangrientas cuando el conflicto tiene carácter civil o se desarrolla entre países del mundo olvidado, en Africa central, el Magreb, o Iberoamérica, etc.⁵

En otro orden de cosas, el siglo XX ha planteado, por vez primera, la posibilidad de la extinción de la vida en nuestro planeta. Dicha posibilidad ha tenido, y tiene aún, una doble vía con distinto *tempo*: la desaparición brusca, por la vía del conflicto nuclear, y la extinción lenta por el deterioro de las condiciones medioambientales que hasta ahora han garantizado el desarrollo vital del planeta. En ambos casos, la acción del hombre ha sido decisiva para el surgimiento y desarrollo de dichos peligros. Así, si las últimas previsiones demográficas se cumplen, el planeta contará en el año 2050 con 8.900 millones de habitantes⁶. Sin embargo, para entonces, aunque la presión de estos factores hace tiempo que se deja sentir, la escasez de agua, de tierra cultivable y la fuerza con que se expanden algunas enfermedades endémicas de algunas regiones del planeta, como la malaria, la tuberculosis, o el SIDA, pueden poner en serias dificultades las posibilidades reales de supervivencia de la especie humana.

Pero de manera inmediata, y por lo que a esta se refiere, una cuestión básica a tener en cuenta es la creciente distancia que separa a los distintos grupos humanos. Así, de forma simultánea, mientras que un sector de la humanidad ha sido capaz de iniciar la exploración del espacio, muchos grupos humanos se encuentran aún en los albores de la civilización y se debaten entre

⁴PManuel CASTELLS (1996): *La sociedad red*, Alianza Editorial, pp. 489-498, introduce la idea de las *guerras instantáneas*.

⁵P Alvin y H. TOFFLER (1994): *Las guerras y el futuro*. Barcelona, Plaza y Janes.

el mantenimiento de sus formas de cultura tradicional y la aculturación sistemática que imponen los efectos de la globalización. Este fenómeno, no nos engañemos, no es algo peculiar de nuestro tiempo, lo que sucede hoy, es que en una sociedad mundializada estas diferencias y desigualdades se perciben con más intensidad que en el pasado y se convierten en fuente de insatisfacción y de tensión. Los contrastes violentos, el mestizaje de las gentes y de las culturas, la ausencia de justicia social por obra y efecto la descomposición de los Estados de bienestar, la búsqueda de salidas individuales, que no colectivas -el tiempo de las revoluciones parece haberse perdido definitivamente- son algunos de los síntomas de lo que está pasando en buena parte del mundo. Las desigualdades son también las causas generadoras de los movimientos migratorios que desde el Sur de nuestro planeta se dirigen hacia el Norte -trascendiendo estos conceptos de Norte-Sur el mero sentido espacial- y están en el origen de los contrastes y de no pocos enfrentamientos que oponen a ambas partes del mundo.

La Historiografía y la construcción de un nuevo orden mundial.

Este conjunto de transformaciones -débilmente esbozadas en las páginas precedentes aunque ampliamente descritas no solo por los historiadores sino también por los analistas de este tiempo⁷ - constituye, desde nuestro punto de vista, un primer punto de inflexión a tener en cuenta cuando nos planteamos el devenir de la Historia como ciencia. Si aceptamos y reconocemos la existencia de estos cambios y problemas y valoramos su magnitud y trascendencia, el futuro desarrollo de cualquier ciencia, y en especial de la Historia, para muchos de nosotros la ciencia social por excelencia, planteado desde una perspectiva no exclusivamente académica, debería pasar por el intento de contribuir a la solución de los mismos. Ello

P⁶P Cfr. Lester BROWN (coord.)(1999), *Más allá de Malthus. 19 aspectos del desafío de la población*. Worlwatch Institute. Versión española, Madrid, Fundación Hogar del Empleado.

P⁷P Entre los muchos títulos que pueden consultarse destacamos el libro de Hans-Peter MARTIN y Harald SCHUMANN (1998): *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*. Madrid, Taurus.

significa, en primer lugar, tomar conciencia de la existencia de dichos problemas y, en segundo término, esbozar una posible contribución a su solución. Todo lo cual indica que, en la bisagra entre el viejo y el nuevo milenio, fecha emblemática que trasciende nuestra tradicional resistencia a la compartimentación del tiempo y el ritmo histórico en períodos cronológicos estancos, hoy adquiera pleno sentido preguntarse por el papel de la Historiografía en el inminente nuevo siglo.

Como todos hemos aprendido, la Historiografía ha experimentado a lo largo de su trayectoria muchas transformaciones. Inicialmente convertida en instrumento al servicio de la educación de las élites y, desde su institucionalización como disciplina docente, utilizada como agente de socialización y elemento legitimador de modelos sociales o de entidades territoriales y estatales, se ha visto liberada, durante las últimas décadas de parte de esa carga ⁸. El creciente desarrollo de los medios de comunicación social en una sociedad tecnológica ha absorbido parte de dichas funciones y ha situado a nuestra disciplina ante una creciente crisis de identidad. La pérdida de una de las razones de ser que justificaban su presencia social, pone a la Historia ante el peligro de retornar a su primitiva función y, en nuestra opinión, genera el indudable riesgo de que la Historia se convierta en un producto cultural, en un producto elaborado para el consumo. Todo ello justifica la necesidad de redefinir la función y la posición que debe ocupar hoy la Historiografía en un mundo tan poco reconocible y fragmentado como el nuestro.

Hace una década, la quiebra del orden mundial surgido tras la II Guerra Mundial creó las condiciones propicias para la aparición del último rebrote hasta la fecha de la secular tendencia que pretende encontrar un punto final en la evolución de los sistemas sociales, es decir, la polémica acerca del fin de la

P⁸P Entre las últimas contribuciones a esta cuestión, y para cumplimentar enfoques complementarios, son muy útiles los siguientes títulos. Raimundo CUESTA (1997): *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia*, Barcelona, Pomares Corredor; y del mismo autor (1998): *Clío en las aulas. La enseñanza de la Historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas*. Madrid, Akal.

Historia. El fracaso de los sistemas de socialismo real permitió levantar acta notarial de la defunción de una de las grandes utopías contemporáneas, el Comunismo, y parecía demostrar el éxito de su gran antagonista, el Capitalismo liberal, cuya envoltura política, el parlamentarismo al gusto occidental, se situaría en el cenit de la evolución sociopolítica de las sociedades humanas. Sin embargo, y a pesar de los conocidos esfuerzos por financiar y promocionar la obra de los más conspicuos defensores de esta tesis⁹, no es probable que la posterior evolución de los acontecimientos permita constatar la universalización de las presuntas y universales bondades de dicho sistema y hoy, no parece que al menos dos tercios de la población mundial estén en condiciones de poder sentirse satisfechos por el presunto fin de la evolución social. No obstante, la sociedad internacional, esa misma sociedad que por vez primera en muchas décadas, carece de un orden claramente establecido -si bien es cierto que el número y complejidad de instituciones internacionales que generan normatividad no ha cesado de aumentar tras la caída del bloque oriental- parece seguir asumiendo la bondad del capitalismo liberal, y de su corolario político, el parlamentarismo, y dedica grandes esfuerzos, incluso *manu militari*, a su difusión¹⁰. De hecho, ni siquiera el parlamentarismo y la representatividad política, la envuelta de celofán que recubre al capitalismo liberal, están implantados en amplias zonas del mundo, aunque esta circunstancia es valorada de modo muy distinto según los casos, como nos revela la situación de la República Popular China o de Cuba, por mencionar solo dos de las más fehacientes.

Sin demasiado esfuerzo, resulta tentador retrotraerse en el tiempo. Así, podemos recordar como en 1815, la potencias vencedoras en la guerra contra

P⁹P Es sobradamente conocida la polémica entre sus defensores y antagonistas. A título de simple ejemplo, cfr. Francis FUKUYAMA, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1989 y la réplica de Josep FONTANA, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1992.

P¹⁰P A este respecto es preciso recordar como, habitualmente, la periódica celebración de consultas electorales es considerada como la condición para que un país sea aceptado sin tacha alguna en el nuevo orden internacional. Como es bien sabido, un sistema democrático y participativo no se circunscribe a los aspectos meramente electorales. Por otro lado, la creciente internacionalización de la sociedad

la Francia napoleónica se reunieron en Viena para organizar el nuevo orden europeo. De aquel cónclave surgió la Santa Alianza y surgió una época histórica que todos conocemos como Restauración. Como es bien sabido, los países firmantes de dicho tratado consagraron, y aplicaron durante medio siglo, el principio de intervención, que intentaba garantizar el *status quo*, territorial, político y social europeo. Ello permitió prolongar la vida de los regímenes absolutistas aunque esto tan solo sirviera para retrasar el curso de los acontecimientos.

En nuestros días, a semejanza de la Santa Alianza y coincidiendo con el primer cincuentenario de su creación, la OTAN o, por mejor decir, la Alianza Atlántica ha conmemorado aquella época y ha redefinido, en realidad ha oficializado, los cambios que eran claramente perceptibles desde tiempo atrás, sus objetivos, su misión e incluso el área geográfica sobre la que actúa, que pasa a ser euroatlántica. Así, se convierten en su nueva razón de ser la defensa de la seguridad y los valores democráticos dentro y fuera de sus fronteras, en el citado entorno euroatlántico, la lucha contra el genocidio, el terrorismo y las armas de destrucción masiva, de las que están en poder de otros países fuera de la Alianza, se entiende. Entre tanto, la Alianza Atlántica se reserva el derecho a actuar sin permiso expreso del Consejo de Seguridad de la ONU, aunque en consonancia con el espíritu y fines de las Naciones Unidas. Ello permite hablar de una nueva OTAN, con una vocación de garante de las libertades y valores propios del capitalismo liberal que se acerca mucho a la definición de policía mundial y la convierte en una nueva organización que deja de ser meramente defensiva para convertirse en un *organismo gestor de crisis*. Organismo incapaz, hasta la fecha, de actuar coherentemente ante situaciones semejantes, tal como demuestra el diferente tratamiento que la OTAN ha conferido a la actuación de Turquía en relación con el pueblo kurdo y a lo ocurrido en Serbia en relación con Kosovo ¹¹.

mundial minimiza la influencia de las decisiones adoptadas en cada Parlamento nacional.

P¹¹P Cfr. Noam A. CHOMSKY (1994) "Juzguemos a los EEUU por sus hechos y no por sus palabras", *El País*, 19-IV-1999, y del mismo autor (1994), desde una perspectiva más amplia, *El nuevo orden mundial (y el viejo)*.

Propuestas para una historiografía del siglo XXI

Tomar en consideración los factores anteriormente citados debería aparejar una serie de cambios y transformaciones en nuestra práctica historiográfica del presente.

De entrada, deberíamos analizar un presente prolongando. Tratar el presente bajo la categoría “gramatical” de un *presente continuo*, tal y como en los foros de análisis de la *Historia del Tiempo Presente* comienza a sugerirse¹². Un análisis en el tiempo allí hasta donde las causas y factores de los problemas actuales tienen su origen, con la intención de afrontar mejor pertrechados el futuro. *El presente como historia*, señalaba ya en 1993 Eric Hobsbawm, para referirse a un tiempo presente -experiencia vital individual que se consensua y por lo tanto socializa por medio de la fijación de hitos históricos reconocibles por todos- que determina la visión que de la Historia tiene el historiador; de tal forma que para algunas generaciones el pasado forma parte de su presente¹³.

La Historia debiera dejar de ser definitivamente legitimadora y convertirse de una vez por todas en agente de transformación. Esta declaración de principios -para ser realistas no puede obviar sin embargo que cada historiador tiene su propia vida, desde la que examina el mundo. La transformación de la que hablamos debiera en primer término requerir una *elección*. Supone *posponer* objetos de interés cercanos, inmediatos y particulares, fácilmente *reconocibles*, para dar prioridad a las grandes cuestiones que afectan a todos los seres humanos y de las que desde civilizaciones y culturas diversas se intenta dar respuesta. La preocupación por

P¹²P Cfr. Julio ARÓSTEGUI: Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria” en Mario P. DÍAZ BARRADO (Coord) (1998): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Universidad de Extremadura. También, el dossier dedicado a la Historia y el Tiempo Presente, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, nº 20, 1998, pp. 15-103.

el deterioro del medio ambiente, así como por la desigualdad radical y creciente entre los grupos sociales, son solo dos de los grandes temas que necesitan ser comprendidos y explicados ¹⁴.

Hoy nos resulta imposible mantener los focos de interés y los ejes sobre los que la historiografía ha venido dirigiendo su atención. No todas las tradicionales preocupaciones, las grandes utopías y sistemas contemporáneos -véanse la evolución de las formas del liberalismo, los avatares del movimiento obrero, o el surgimiento de los nacionalismos- constituyen hoy la esencia de las grandes cuestiones. De ahí que debamos encaminar nuestra mirada hacia las nuevas líneas de fractura: los fundamentalismos, proceso de globalización versus la inquietante desintegración de los modelos de la modernidad ¹⁵, las desigualdades Norte/Sur, la implantación fuerzas transnacionales, o el multiculturalismo, son hoy algunos de los temas cuya atención merece ser prioritaria. La tradicional ecuación que relacionaba el poder con la mayor disposición de los estados para controlar el territorio, la población o los recursos naturales, se ha modificado sustancialmente por la aparición de otros agentes globales, cuyo análisis debe ser incluido en las nuevas propuestas historiográficas y además no puede ser realizado con el bagaje tradicional.

Las reticencias de las historiografías son conocidas. En los primeros noventa, parecía que los historiadores se sentían seguros de su quehacer solamente ante los llamados procesos micro históricos. La orientación individualizadora, esto es la historia con personaje, o la reconstrucción de las relaciones sociales bajo la influencia directa de métodos como el antropológico surgía como una tabla de salvación a la que asirse cuando las grandes

P¹³P Eric HOBSEBAWM (1997): *Sobre la Historia*, Op. Cit., pp 230-241.

P¹⁴P Con que revisemos el índice de un clásico que con múltiples limitaciones pero también sin duda con valentía hacía una propuesta de prospectiva histórica, nos referimos al libro de Paul KENNEDY (1995) *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Ed. Plaza y Janes, veremos como la explosión demográfica, la revolución biotecnológica, el medio ambiente, o la revolución en las comunicaciones, constituyen la guía que vertebra la narración que el autor pretende.

P¹⁵P Parece imprescindible una relectura del texto de Anthony GIDDENS (1994): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza Universidad.

corrientes explicativas, las que intentaban dar luz y sentido al bosque de la historia de la humanidad, periclitaban¹⁶. La perspectiva de una nueva macrohistoria asustaba y sin duda sigue asustando, ciertamente con motivo.

La Historia no debe temer caer en ámbitos desconocidos, ni considerar que las grandes explicaciones globales no le competen y que deben quedar en manos del *ensayista* o en el seno de una disciplina como la Filosofía. La confianza de la que debe gozar el historiador deviene de que su método es lo suficientemente sólido como para dar sobrada entidad a discursos que se ocupen de narrar las grandes cuestiones de nuestro tiempo. No obstante, es preciso que la Historia adapte el aparato e instrumental historiográfico a los requerimientos de los tiempos que corren. Lo cual supone no solo que es preciso acudir al recurso de las *Nuevas Tecnologías de la Información* y de los nuevos soportes¹⁷, sino también que es necesario realizar una aproximación a la variedad, dispersión y amplitud de fuentes y testimonios con los que hoy contamos. La oralidad de las fuentes y la imagen han roto hace mucho tiempo los moldes por los que discurría la investigación historiográfica, pero necesitan de un refuerzo importante de historiadores formados que expresen su potencialidad al máximo y que se aventuren a razonar y escribir sobre las grandes preguntas ajenas a prejuicios y los corsés de una profesión que se corporativiza erróneamente buscando sobrevivir en el tránsito de una época a otra.

Entre otras tareas, incumbe a la Historiografía construir la memoria colectiva en una sociedad sobreinformada¹⁸ e interponerse, *a modo de interfaz, entre el mundo que producen los medios de comunicación y las personas, de*

P¹⁶P Un excelente trabajo de síntesis acerca del momento historiográfico al que nos referimos puede leerse en Massimo MONTANARI y otros (1993) *Problemas actuales de la Historia. Acta Salmanticensis. Estudios Históricos y Geográficos*, Universidad de Salamanca, nº84.

P¹⁷P Ver Actas del *Congreso Internacional sobre Sistemas de Información Histórica*. Juntas de Alava. Vitoria, 1997.

P¹⁸P Cfr. Antonio RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, "Principios de Historia del Tiempo Presente" en Mario P. DÍAZ BARRADO (coord): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Op. Cit. pp. 23-29

*manera que lo haga comprensible y que ayude a “navegar” por la comunicación*¹⁹.

Ello podría convertir en el futuro, según el mismo autor, a cada historiador en un investigador dotado de un escaparate abierto al mundo, en una página Web, *en donde iría escribiendo y reescribiendo sus auténticas aportaciones y marcando enlaces (links) a otros lugares en donde ya se ha escrito lo que él no tiene que repetir*²⁰, en un contexto de intercambios y diálogos en el que tan útiles pueden resultarnos las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Ello permitiría aligerar los *artefactos bibliográficos* a los que tan acostumbrados estamos y resaltar y poner de manifiesto las nuevas aportaciones, actualmente sepultadas y semiescondidas entre múltiples referencias.

Creemos, y no somos los primeros en manifestarlo, que en aras de enriquecer el método y de afrontar el reto de las grandes cuestiones, urge fomentar la transdisciplinariedad. La Historia por si sola, sin el resto de las Ciencias Sociales y de las Humanidades, carece de solvencia para desarrollar el macrodiscurso al que aspiramos. El historiador tendrá que estar *estrechamente emparentado con sociólogos, comunicólogos y analistas y otras especies de buceadores sociales. Tendrá que convertirse, en definitiva, en un “historiador nuevo”*²¹. Todo ello obliga a establecer el contacto primero y la porosidad después con las diversas áreas de conocimiento, de tal modo que pueda desarrollarse una disposición generosa para constituir métodos de trabajo y estudio flexibles. El ya citado intento de aproximación a una realidad multiforme, solo puede realizarse desde la colaboración con muchas otras

P¹⁹P Ibidem, pág. 27. Según el mismo autor, la construcción de la memoria no significa acumular datos sin valor sino llevar a cabo una labor de registro, selección, actualización y facilitación del acceso a la información que reduzca el peligro de que nuestra sociedad se convierta en una sociedad sin memoria, en una sociedad frágil.

P²⁰P Ibidem, pág. 28.

P²¹P Cfr. Julio ARÓSTEGUI, “Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria, en Mario P. DÍAZ BARRADO (Coord): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*. Op. Cit., pág. 44.

áreas de conocimiento porque una sociedad global solo puede ser entendida desde esa misma globalidad en el estudio. La parcelación del conocimiento parece haber quedado tan solo y a lo más en un camino de ida, un camino del que todo indica hay que estar de vuelta.

El momento no puede ser más oportuno. Es preciso aprovechar que, tras muchos avatares, la Historia ha quedado -en parte solo- liberada de su función legitimadora de valores y sistemas sociales y, a partir de esta presunta mayor libertad de movimientos, profundizar en el proceso de desarrollo de la Historiografía como ciencia que puede contribuir a la construcción y desarrollo de la sociedad. Es posible que, pertrechados por un instrumental teórico y práctico que es necesario sustituir, no seamos capaces de alcanzar a ver el final del túnel. Pero, para encontrar el camino es preciso haberse perdido antes y, aún a riesgo de cometer errores en la búsqueda, es preciso teorizar, a sabiendas de que *la teorización prematura será probablemente errada -aunque no estéril- y que el retraso grande en teorizar es peor que cualquier número de fracasos porque promueve la acumulación ciega de información y la gran masa de información puede hacer casi imposible el arranque de la teorización* ²².

P²²P Cfr. Antonio RODRÍGUEZ DE LAS HERAS: "Principios de historia del Tiempo Presente", en Mario P. DÍAZ BARRADO (Coord): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, Op. Cit. Pág. 27.